

JOSÉ FÉLIX TEZANOS y SALUSTIANO DEL CAMPO (Eds.): *La Sociedad. España Siglo XXI* (Volumen I), Biblioteca nueva, Madrid, 2008, 950 págs.

El siglo XX ha sido una etapa de profundas transformaciones para las sociedades de la Vieja Europa. Los cambios políticos, económicos, sociales y culturales que se han producido durante esta centuria —entre otros, la consolidación de unos modelos democráticos de convivencia, las concentraciones urbanas, el acelerado descenso de la población activa agraria e incremento en el sector industrial y de servicios, el aumento de trabajo extradoméstico de la mujer, la elevación de las tasas de escolarización de los dos sexos, la secularización, la difusión del bienestar económico y de las sociedades de consumo, el cambio de las estructuras ocupacionales y la reducción del paro, la revolución tecnológica, etc.— han permitido el tránsito de unas sociedades industriales y modernas a unas dinámicas sociedades post-industriales, post-modernas, del conocimiento, de la información. Son muchas las denominaciones y, en buena medida, el uso de una u otra depende del ángulo desde el que las observemos.

Unas sociedades en cuyo horizonte emergen nuevos desafíos tales como:

— La creciente desestructuración (disgregación) del tejido social: los individuos se encuentran ubicados en escenarios mucho más complejos; el principal reto que debe afrontar Occidente es dar una respuesta a dicha complejidad, es decir, las sociedades post-modernas deben ofrecer respuestas a los desequilibrios demográficos, los cambios derivados del desarrollo económico y las consiguientes modificaciones en la estratificación social, las nuevas patologías de la modernidad, el individualismo y el privatismo, y las nuevas migraciones.

— La saturación del modelo de Estado Social como sistema basado en el compromiso neo-corporativo, por tanto, en sistemas de seguridad centralizados y con base fiscal. Decir saturación no significa, obviamente, decir que los sistemas centralizados de bienestar por vía fiscal no sean útiles, tan sólo que su radio de actuación encuentra dificultades crecientes. Emergen nuevos problemas a los que el Estado difícilmente puede hacer frente, ya que no están relacionados con el mercado de trabajo y la producción, como la soledad de los ancianos, las nuevas tóxico-dependencias o las situaciones de riesgo derivadas de la desestructuración familiar (la pobreza en las familias monoparentales, violencia doméstica, etc.). Estos problemas tienen su origen en una desestructuración de las relaciones que afectan a las personas, por tanto, su solución no sólo hay que buscarla en las tradicionales ayudas económicas, sino que se deben buscar soluciones en clave relacional.

— La crisis del Estado-nación que comporta, entre otras cosas, por una parte, tendencias hacia la regionalización, por otra, la creciente internaciona-

lización de los problemas sociales. Ejemplo de esto son algunos fenómenos que tienen repercusiones globales como las crisis económicas, el problema de la seguridad o el deterioro medioambiental.

— Las sociedades desarrolladas se caracterizan por la convivencia de diferentes etnias, religiones y culturas que están dando lugar a un verdadero pluralismo social.

— Es evidente un crecimiento generalizado de los riesgos sociales de tipo post-moderno, es decir, esencialmente relacionales. Así, en los países avanzados aumentan los estados de malestar psico-físicos, las toxicomanías, las nuevas epidemias como el SIDA, la violencia, es decir, la sociedad se vuelve cada vez «más arriesgada» por factores ajenos al mercado de trabajo.

— Por último, emerge la solicitud de humanización de los ámbitos de vida y de las organizaciones de trabajo y servicio, con la demanda de nuevos derechos sociales ligados a los estilos de vida cotidiana y, en concreto, a la asistencia de las personas. Además, la sociedad demanda cada vez más servicios menos uniformes, estandarizados o masificados.

La sociedad española no ha sido ajena a estos cambios, como tampoco lo es a estos nuevos desafíos. La España de los inicios del Tercer Milenio no tiene nada que ver con aquella España que daba sus primeros pasos en el siglo xx afrontando la mítica crisis del 98. Tampoco se asemeja con la de comienzos de los años 60: una sociedad eminentemente rural, envuelta por una cultura de marcados tintes tradicionalistas y con un régimen político que era un obstáculo para la plena incorporación en el escenario europeo y mundial.

Más que nunca, en el último tercio del siglo xx y en la primera década del siglo XXI, nos hemos aproximado a las naciones de Occidente, mejor aún, más que nunca somos Occidente. En un período muy corto de tiempo hemos asistido al desarrollo de una serie de procesos de cambio y modernización en los escenarios social, político, económico y cultural que en otros países occidentales se prolongaron durante más de un siglo. Procesos que en materia económica no se han visto afectados por inestabilidades peligrosas, en lo social no han generado grandes tensiones, en lo político nos han conducido a una plena normalización democrática, y en lo cultural nos han introducido plenamente en la postmodernidad, caracterizada por el deterioro de las identificaciones/referencias macroscópicas y fuertes, y el crecimiento de las microscópicas y laxas.

Éstas son, con trazos gruesos, las conclusiones que pueden extraerse de la presente obra, que se enmarca dentro un ambicioso proyecto titulado *España Siglo XXI*, donde junto a la Sociedad, también se van a analizar la Política, la Economía, la Ciencia y la Tecnología, así como la Literatura y las Bellas Artes. En él han colaborado más de 150 intelectuales de primer ni-

vel, y su objetivo ha sido dar cuenta de los cambios sociales, económicos, políticos, científicos y culturales que han tenido lugar en España desde la aprobación de la Constitución de 1978 hasta la primera década del siglo XXI.

No resulta arriesgado afirmar que los profesores Del Campo y Tezanos, coordinadores de este volumen, así como el resto de autores que participan en él, han llevado a cabo una labor cuyo fruto ha sido interesante, sugestiva y valiosa fotografía social de la España de comienzos del siglo XXI. Una fotografía en la que sin lugar a dudas resaltan el importante crecimiento demográfico a la par que la configuración de una pirámide poblacional que revela un creciente envejecimiento y una profunda disminución de las cohortes de población más jóvenes; el intenso proceso de urbanización que, aunque retrasado con respecto a Europa, ha conllevado una progresiva reducción de la población activa ocupada en la agricultura; la igualación progresiva de las mujeres y los hombres en derechos y oportunidades; la complejidad creciente de la estructura social, con un aumento importante de las «nuevas clases medias» profesionales y técnicas; o la asunción de estilos de vida similares a los propios de otros países de nuestro entorno europeo.

Dicho brevemente, se nos ofrece un tapiz social en el que se han desmontado las apariencias de lo real en elementos teóricos invisibles, en elementos abstractos inadvertidos; sin ignorar en ningún momento la realidad humanamente vital de lo aparente, en la que transcurre la peripecia de nuestra existencia concreta. Un tapiz marcado por los contrastes y las paradojas, o como diría Max Scheler *«espacios en los que nos adentramos con la confianza de lo conocido, y espacios inhóspitos a causa de habitar lo desconocido»*.

En estas páginas no es posible comentar de forma detallada cada uno de los veintidós capítulos, así como los doscientos cuarenta y siete indicadores que componen esta obra. La información que arroja cada uno de ellos merecería un estudio minucioso. No en vano se afrontan los cambios y transformaciones que ha experimentado la estructura social de España en un período que, en opinión de los directores de este ambicioso proyecto, ha estado marcado por la estabilidad política, la razonable integración social y la apertura al exterior. Tres pilares clave para la construcción de una sociedad dinámica que progresivamente ha ido acortando las distancias que la separaban de los países avanzados de su entorno.

Ahora bien, creo que se pueden ofrecer algunas pinceladas sobre las grandes transformaciones y cambios que se están produciendo en la sociedad española. Transformaciones y cambios que son comunes con otros países de nuestro entorno y que constituyen el telón de fondo de esta obra.

Estamos asistiendo a una intensa modificación en los perfiles de la población. Dicha modificación es resultado de tres procesos íntimamente liga-

dos. Por una parte, el incremento de la duración media de vida, por otra, el mantenimiento de una tasa de natalidad baja. Y, como consecuencia de ambos procesos, el creciente envejecimiento de la población que se está traduciendo ya en el consiguiente incremento de la ratio de dependencia y la continuada reducción de la población en edad de trabajar. Nos hemos adentrado plenamente en la tercera transición demográfica. Un nuevo escenario cuyo eje es y será la inmigración, con sus correspondientes consecuencias económicas, sociales, políticas, culturales y de convivencia.

También están siendo muy intensos los cambios en la esfera familiar. Más allá de las modificaciones estructurales (de las familias patriarcales extensas a las familias nucleares), presenciamos un rápido caminar hacia relaciones más igualitarias, democráticas y satisfactorias, y sus repercusiones en lo referente a la división de roles domésticos y a las relaciones entre las generaciones.

No menos importantes están siendo las mutaciones en materia migratoria. En un breve período de tiempo, España, que por vocación e historia ha sido un país de emigrantes, se ha convertido en uno de los principales países de recepción de inmigrantes del mundo. El resultado ha sido la imperiosa necesidad de articular, y casi improvisar, instituciones especializadas y políticas adecuadas a tal fin, y todo ello en el contexto de un modelo de Estado descentralizado. En él, a la Administración central le corresponde en exclusividad la potestad de dictar normas básicas, mientras que a las Comunidades Autónomas las competencias de desarrollo legislativo y de ejecución, concretadas a través de las políticas de integración social de los inmigrantes. No resulta por tanto aventurado decir que las carencias y dificultades en las políticas de acogida pueden acentuar los problemas de integración y aumentar el riesgo de exclusión social.

Se han transformado profundamente todas las dimensiones de la actividad laboral. Atrás quedan las preocupaciones dominantes en la sociología del trabajo de la década de los ochenta del siglo pasado, concretamente que el paro y la escasa participación laboral extradoméstica de la mujer eran problemas endémicos de España. Ahora bien, no debe caer en olvido otra de las preocupaciones también frecuentes: la tendencia hacia una estructura ocupacional más polarizada, resultado en buena medida de fenómenos como la crisis del trabajo y la precarización laboral —sobre todo en jóvenes, mujeres, inmigrantes y nuevos trabajadores—. La España del siglo XXI se enfrenta a los retos conjuntos de cantidad y calidad de trabajo, pilares clave para competir en la economía globalizada con una productividad más alta. Pilares que están demandando la renovación del entramado de instituciones y políticas del mercado de trabajo.

Estas mutaciones en materia laboral corren paralelas y están íntimamente relacionadas con otro de los grandes cambios: las transformaciones en los sistemas de estratificación social. Sus rasgos distintivos ya empiezan a perfilarse, y no son otros que la complejidad de los elementos que afectan a la estratificación y a la diferenciación social, las tendencias dualizadoras, la preocupación por la emergencia de procesos sociales regresivos que podrían conducir a la extensión de los fenómenos de exclusión social, y la transformación de la situación de las clases medias. Tomados en su conjunto, todos ellos abren un nuevo escenario que estará marcado por nuevos conflictos, reajustes y tensiones sociales. Dicho en otros términos, se configura un nuevo tipo de sociedad marcada por profundos contrastes. En ella, al mismo tiempo que amplios sectores progresan en sus oportunidades de vida y condiciones de bienestar, hacen acto de presencia factores de inseguridad, signos de tensión y desagregación social, y aumentan los índices de criminalidad y violencia.

Y una última pincelada, que no por ello menos importante, sobre otro de los grandes cambios: las modificaciones que se están produciendo en las mentalidades y en las culturas siguiendo las tendencias de individualización, globalización, pluralismo, tolerancia, democratización, etc., propias de las sociedades más avanzadas. Conceptualmente pueden aglutinarse en la siguiente afirmación: asistimos a una postmodernización cultural en todos los ámbitos de la vida. El aumento de la secularización, la pérdida de influencia de las concepciones religiosas y la crisis de los viejos valores y mentalidades de las clases medias —el valor del trabajo, del esfuerzo, del ahorro...— corre paralelo con la emergencia de los valores hedonistas y de ocio, la pluralización del consumo de masas, y el florecimiento de valores solidarios cada vez más globalizados.

A comienzos del siglo xx nació el Instituto de Reformas Sociales, una institución pionera en España que llevó a cabo una importante labor de análisis de la realidad social española. En los años sesenta del siglo pasado, el Instituto de la Opinión Pública y la Fundación FOESSA dieron continuidad a esa labor. Y ya en los noventa representaron un punto de referencia las aportaciones de Salustiano del Campo y José Félix Tezanos al amparo de las Fundaciones BBVA y Sistema, respectivamente.

A comienzos del siglo xxi —parece ser que todos los inicios de centuria están marcados por hitos de referencia— está viendo la luz el primer volumen de una serie de cinco en la que, teniendo como telón de fondo las normas que rigen la investigación científica, se da cuenta de los principales aspectos de la modernización española. O, como apuntan los profesores Del Campo y Tezanos, coordinadores de esta primera entrega, «*se presenta la*

*España real, empezando por su sociedad, que es la gran protagonista de esta etapa feliz —la España real y la posible— que se hallan más próximas que nunca antes».*

Bienvenida sea por tanto esta obra al paisaje de las ciencias sociales, un paisaje siempre necesitado de estudios serios y rigurosos sobre unas sociedades que, como la española, tienen ante sí los grandes retos que se han abierto con el nuevo milenio. Si no apareciesen proyectos de investigación como éste, difícilmente se podrían activar ideas innovadoras e iniciativas para desarrollarlas.

*Manuel Herrera Gómez*

Universidad Nacional de Educación a Distancia